

ciencia jurídica no puede reducirse, no se ha reducido de hecho, a pura exégesis. Pero es que además la aparición misma de la sociedad tecnológica contribuye a arrinconar las tesis positivistas: la especialización en la que aquélla se basa hace inviable la teoría kelseniana según la cual la reforma de la legislación no pertenece al jurista, sino al político.

Consecuentemente, concluye Cotta, se abren ante el jurista unas perspectivas esperanzadoras. Va a reconquistar la misión humanística y política que siempre le ha correspondido, con toda la responsabilidad que ello supone.

Entre los muchos méritos del libro, está el haber sabido conjugar la profundidad y el rigor de sus afirmaciones con un lenguaje ágil y sencillo, que la hace accesible al gran público.

JESÚS BALLESTEROS.

CUBLIER, Anne: *Indira Gandhi*. Guadarrama, Madrid, 1970. (Traducción F. González Vicén.)

El reciente éxito electoral del «Nuevo Congreso» ha vuelto a poner de máxima actualidad la figura, política y humana, de Indira Gandhi, líder de millones de desheredados y personalidad recia en el panorama mundial de nuestros días. La victoria en las urnas significa el gran espaldarazo popular del subcontinente indio a la hija de Nehru y le permitirá llevar a cabo ahora reformas e iniciativas que antes habían quedado paralizadas por el juego de los porcentajes en las votaciones y el alienamiento de los diputados.

Tres son las dimensiones fundamentales de este hecho:

- a) Su significación en la vida y obras de Indira Gandhi.
- b) Su significación para la India de nuestros días.
- c) Su significación en el panorama mundial.

Serán los tres puntos de nuestro comentario: los desarrollaremos conjuntamente, en estrecho contacto con el libro que estamos reseñando y otros similares.

La intrahistoria humana, familiar y política de la actual Primer Ministro de la India ha puesto de manifiesto una personalidad realmente excepcional desde todos los puntos de vista. Forjada en el duro yunque de la revolución no-violenta anti-inglesa y de las represiones del dominador, tuvo en el Mahatma Gandhi y en su propia familia (los Nehru han dado a la India contemporánea muchos líderes en todas las ramas de lo social y lo político, tanto mujeres como hombres) maestros señeros de los que aprender a vivir, pensar y actuar. Desde su misma infancia actuó en los cuadros de la revolución, desempeñando un papel decisivo en las ramas infantil y femenina del movimiento.

Está plenamente demostrado que los servicios de enlace e información desempeñados por los niños («brigada de los monos») impidieron en más de una ocasión que la naciente revolución india quedara desarticulada (sobre todo cuando los líderes adultos estaban encarcelados) e incluso po-

sibilitaron contramedidas que ganaban por la mano a los ingleses. Está también demostrado que la contribución femenina a dichas tareas (desde las estrictamente políticas a las asistenciales, administrativas y socioculturales) ha sido y sigue siendo de una importancia primordial. Ello nos sitúa ante una de las máximas paradojas de la India contemporánea en la que subsisten prácticas y costumbres de máxima esclavización de la mujer (*status de las viudas*; enclaustramiento de la esposa, según la práctica del *purdah*, sin libertad ni siquiera física; sometimiento total de la casada a su marido y a la familia de éste...) con prácticas y costumbres de máxima emancipación y máxima incidencia de la mujer en todos los niveles de su historia y su presente. Ello es debido a la subsistencia y coexistencia de *muchas indias* y al muy diverso índice de desarrollo logrado en sus muchas geografías, ideosincrasias y culturas. Pero, en definitiva, parece cierto que la mujer india, en comparación con la occidental, ha logrado una más amplia, segura y eficaz equiparación con el hombre en todas las ramas de la vida: profesional, familiar, legal, social, política y cultural, etc.

Hija de una aristocrática y pudiente familia de *pandits* brahmanes, sus precoces compromisos con la «acción social» y política revolucionaria no le permitieron una instrucción normal, pero de la mano de su padre, futuro sucesor de Mahatma Gandhi, y con métodos casi exclusivamente autodidactas, logró pronto una madurez personal inusitada, junto a una extraordinaria agudeza de juicio y criterios certeros para la acción y el caudillaje político-social. Los escollos máximos que tuvo que soslayar en esta singladura apasionante fueron muchos: su recia espiritualidad india la llevó a un sabio equilibrio entre todas las culturas con que estuvo en contacto, sin traicionar los valores consustanciales de su nación pero superando las taras congénitas de la misma (contra las que luchará a lo largo de toda su vida y desde todos los puestos desempeñados en la cosa pública). Y sin renunciar tampoco a lo válido y positivo de las demás civilizaciones: inglesa-occidental, ruso-soviética y chino-comunista especialmente. Las «violencias» sufridas y las «ayudas» recibidas por ella y su nación de parte de esos tres colosos del mundo contemporáneo le han permitido encontrar primero y tratar de realizar después ese *socialismo de cuño indio* en que sigue empeñada. Los contactos con terceros mundos la han afianzado aún más en el camino elegido.

Desde un punto de vista personal y específicamente político, los aspectos dignos de mención son muchos: primero, la superación de la gran «tentación de la violencia» que ha rondado todos sus pasos desde los primeros tanteos en pro de la independencia contra Inglaterra. Vinieron después los sangrientos enfrentamientos múltiples entre sectas, culturas, religiones, regiones y estados indios (ya independientes) que llevaron a la vivisección y a la eterna guerra con Pakistán (agudizada en nuestros días), poniendo en serio peligro la supervivencia misma de la India como Estado. Vino después la «traición» de la China comunista, verdadera puñalada en la espalda india según el sentir de todos. Y los desplantes y afrentas sufridas en la búsqueda de ayuda para la alimentación de una población endémicamente depauperada.



A lo largo de todas estas coyunturas el papel de Indira Gandhi ha ido adquiriendo caracteres de protagonista. Y no han sido menores las «tentaciones de violencia» que ha tenido que superar en su acción social y política interna cuando, ya ministro o primer ministro, ha tenido que enfrentarse repetidamente a resistencias y reacciones empecinadas de diversos estamentos indios, egoísticamente míopes, fanáticos y anclados en absurdos del pasado o cerrilmente pasados a la imitación servil de lo extranjero, cuando no vendidos a los intereses o ambiciones del mismo. En este sentido puede afirmarse que pocos guías de pueblos han puesto en práctica la sensatez, equilibrio, paciencia, tolerancia y riguroso respeto a la constitución y a las leyes establecidas que ella ha demostrado.

Respetando escrupulosamente, igual que su padre y que Shartri, el espíritu de la Madre India y del Mahatma Gandhi, Indira se ha lanzado a la acción con mayor decisión y prontitud que sus predecesores, ateniéndose a lo esencial y primordial de cada situación. Se ha granjeado así la enemistad de políticos de tercera fila o politicastros, pero también la veneración y apoyo masivo del pueblo: las recientes elecciones, una vez más, las ha ganado *ella* más que el partido que la enmarca. Ha llegado a ser así una de esas pocas superfiguras históricas que llenan por sí solas todas las instituciones del país y que, respetándolas escrupulosamente (ahí está la paradoja), imponen su personalidad por encima de los cauces normales. ¿Razón de todo ello? Su entronque directo y constante con el pueblo y su plena autoidentificación con los intereses y miras consustanciales del mismo. Modelo señero de todo lo indio en sus mejores esencias y en su reciedumbre serena de siglos, su gran personalidad sobrepasa incluso los límites de lo nacional—que es un continente.

Disiento profundamente de Mao («demasiado político para ser mujer y demasiado mujer para ser político»). Al revés: su condición de mujer (hija; esposa y viuda; madre; hermana y amiga de todas las mujeres indias) es la que le ha dado ese tino especial, esa supersensatez de lo sencillo y directo, esa frialdad reflexiva y apasionada por la acción; esa asombrosa capacidad de equilibrio y síntesis de factores y tendencias superheterogéneas y contrapuestas.

Le aguarda una tarea de colosos. La respaldan millones de esperanzados desheredados. La acechan mil trampas y maquinaciones desde dentro y fuera de sus fronteras y muchos frenos e impotencias en las estructuras de su nación. La tentación de la violencia sigue siendo el máximo riesgo para ella, para su pueblo y para todos los «terceros mundos» de nuestros días. Deseamos larga vida política y plena eficacia y acierto a esta gran madre de los pobres.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

CHANCHARD, Paul: *Trabajo, diversión e higiene mental*. Fax, Madrid, 1970. 231 págs. (Trad. J. M. Bernáldez Montalvo.)

El especial valor de esta obra consiste en ser como el manual de la sensatez en un mundo de técnicas y planificaciones muchas veces insen-